

y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mi me pareció serlo la más que hasta entonces había visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio.

Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaut Mami, y que venía á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podía echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues había dado por mí mil y quinientos "zoltaniz;" á lo cual ella respondió:

—En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os hacéis pobres por engañar á los moros.

—Bien podría ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la traté y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.

—¿Y cuándo te vas? dijo Zoraida.

—Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él.

—¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?

—No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré puesto que



es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejaré esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.

—¿Debes de ser, sin duda, casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer?

—No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.

—Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida.

—Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecilla y decirte la verdad, se parece á ti mucho.

Desto se rió mucho de veras su padre, y dijo:

—Gualá, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la más hermosa de todo este reino; si no mírala bien y verás como te digo verdad.

Servíanos de intérprete á las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho allí se usa, más declaraba su intención por señas que por palabras.

Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardín habían saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura.

Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es común y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo, pues, que dijo su padre á Zoraida:

—Hija, retírate á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buena hora, y llévete Alá con bien á tu tierra.

Yo me incliné, y él se fué á buscar á los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le había mandado; pero apenas él se encubrió por los árboles del jardín, cuando ella, volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo:

—¿"Tameji," cristiano, "tameji"? que quiere decir: ¿vaste cristiano, vaste? Yo la respondí:

—Señora, sí, pero en ninguna manera sin tí: el primer juramento me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos.

Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hacia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvía de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más á mí y puso su cabeza sobre mi pecho doblando un poco las rodillas, dando claras señas y muestras que se desmayaba, y yo asimismo di á entender que la sostenía contra mi voluntad.

Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenía; pero como ella no le respondiese, dijo su padre:

—Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destes

canes se ha desmayado; y quitándola del mío la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir:

—"Ameji," cristiano, "ameji:" vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió:

—No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningún mal te ha hecho y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron.

Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo ya me voy, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz y con tu licencia volveré, si fuese menester, por yerbas á este jardín, que según dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.

—Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agi Morato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscasen tus yerbas.

Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardín: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podía ofrecer para facilitar todo nuestro negocio.

Hecho esto, me vine y di cuenta de cuanto había pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía.

En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideración y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos

el buen suceso que deseábamos, porque el viernes que se siguió al día que yo con Zoraida hablé en el jardín, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba.

Ya los cristianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenían; porque ellos no sabían el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habían de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban.

Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campiña ninguna persona parecía.

Como estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por



Zoraida, ó rendir primero á los moros tagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos los moros estaban descuidados, y los más dellos durmiendo.

Dijimosle en lo que reparábamos y él dijo que lo que más importaba era rendir el bajel, que se podía hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Parecieron bien á todos lo que decía, y así sin detenernos más, haciendo él la guía, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco:

—Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habían entrado dentro casi todos los cristianos.

Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arreez, quedaron espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ninguna tenían, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna vía ó manera la voz, que luego al punto los pasarían todos á cuchillo.

Hecho ya esto, quedaron en guardia la mitad de los nuestros, y los que quedábamos, haciéndonos ansimesmo el renegado la guía, fuimos al jardín de Agi Morato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie.

Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos "nizarani," como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajase.

Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demás, que no parecía sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad.

El renegado le dijo en lengua morisca, si estaba su padre en el jardín. Ella respondió que sí, y que dormía. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardín.

—No, dijo ella, á mi padre no se ha de tocar en ningún modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es en tanto, que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos; y esperaos un poco, y lo veréis; y diciendo esto, se volvió á entrar diciendo que muy presto volvería, que nos estuviéramos quedos sin hacer ningún ruido.

Preguntéle al renegado lo que con ella había pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se había de hacer más de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvía cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podía sustentar.

Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interín, y sintiese el ruido que andaba en el jardín; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desahoradas voces, comenzó á decir en arábigo.

—Cristianos, cristianos, ladrones, ladrones; por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión; pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agi Morato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se había dejado caer en mis brazos.

En resolución, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agi Morato trayéndolo atadas las manos y puesto un pañuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le había de costar la vida.

Cuando su hija lo vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado ignorando cuán de su voluntad se había puesto en nuestras manos; mas entonces siendo necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habían quedado, nos esperaban temerosos de algún mal suceso nuestro.

Apenas serían dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el pañuelo de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitaría la vida. Él, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar tiernísimamente, y más cuando vió que yo estrechamente la tenía abrazada, y que ella, sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse, se estaba queda; pero con todo esto callaba, porque no se pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacía.

Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaría en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto le había querido.

El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento, pero él respondió que no le convenía, á causa de que si allí los dejaban, apellidarían luego la tierra y alborotarían la ciudad y serían causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podía hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos.

En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se dió cuenta, con las causas que nos movían á no hacer luego lo que quería, también se satisfizo; y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó un remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazón, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero á causa de soplar un poco de viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fueros forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sagel, que en aquella costa cae no más que sesenta millas de Argel; y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venían con mercancía de Tetuán, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andaban en corso, que no soló no nos perderíamos, mas que tornaríamos bajel donde con más seguridad, pudiésemos acabar nuestro viaje.

Ha Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentía yo que iba llamando á Lela Marién que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveída la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querían soltar los remos de las manos en manera alguna.

Hízose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á izar luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Orán, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por más de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese.

Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles cómo no iban cautivos, que en la primera ocasión les darían libertad. Lo mismo se lo dijo al padre de Zoraida, el cual respondió:

—Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, oh cristianos; mas el darne libertad no me



tengáis por tan simple que lo imagine, que nunca os pusiste vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo y el interés que se os puede seguir de dármele; el cual interés si le queréis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisieredes por mí y por esa desdichada hija mía, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma.

En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasión, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos, le acompañamos en él.

Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua:

—¿Qué es esto, hija, que ayer al anoecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura más favorable? Responde-me á esto, que me tiene más suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo.

Todo lo que el moro decía á su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondía palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solía tener sus joyas, el cual sabía él bien que lo había dejado en Argel, y no traídole al jardín, quedó más confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre había venido á nuestras manos, y qué era lo que venía dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió:

—No te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas; y así quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria.

—¿Es verdad lo que éste dice, hija? dijo el moro.

—Así es, respondió Zoraida.

—¿Qué! ¿en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida:

—La que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni hacerte mal, sino á hacerme á mí bien.

—¿Y qué bien es el que te has hecho, hija?

—Eso, respondió ella, preguntásete tú á Lela Marién, que ella te lo sabrá decir mejor que yo.

Apenas hubo oído esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y así acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacía sobre él un tierno y doloroso llanto.

Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hacia tierra y hacer fueza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo que de los moros es llamado el de la Cava rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir mujer mala, y rumia, cristiana; y aun tienen por mal agiero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, según andaba alterada la mar.

Pusimos nuestros centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano: comimos de lo que el renegado había proveído, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazón, que nos ayudasen y favoreciesen para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio.

Dióse orden á suplicación de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demás moros que allí atados venían, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podían sufrir sus blandas entrañas ver delante de sus ojos atado á su padre y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corría peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado.

No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oídas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero lle-

gando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo:

—¿Por qué pensáis, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿Pensáis que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que lo daré mi presencia, cuando quiera poner en ejecución sus malos deseos; ni penséis que la ha movido á mudar religión entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra: y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algún desatino no hiciese, le dijo:

—¡Oh infame moza y mal aconsejada muchacha, ¿adónde vas ciega y desatinada en poder destes perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado.

Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando por habernos hecho á la vela no pudimos oír sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse sus cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que pudimos entender que decía:

—Vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono; entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino:

—Plega á Alá, padre mío, que Lela Marién, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien, que no puede hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, según la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala.

Esto dijo á tiempo que ni su padre la oía, ni nosotros ya le veíamos; y así consolando yo á Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro día al amanecer en las riberas de España.

Mas como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo sin ser acompañado ó seguido de algún mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija había echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, freñillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecía, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timón, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timón para darnos lugar que pasásemos.

Habíanse puesto al bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado:

—Ninguno responda, porque éstos sin duda son corsarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco adelante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecía ambas venían con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegásemos.

Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro: y viendo cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundía, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles, nos había sucedido aquello.

Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacía. En resolución, todos pasamos con los franceses, los cuales después de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traía en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenía de que habían de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valía y ella más estimaba.

Pero los deseos de aquella gente no se extienden más que al dinero, y desto jamás se ve harta su codicia, la cual entonces llegó á tanto,

